

Hugo Correa: "Los Titeres"

Por IGNACIO VALENTE

Los límites de la ciencia-ficción como literatura consisten, creo yo, en lo rebuscado de sus situaciones. Los sentimientos fantásticos que nos depare la tecnología no llevan trazas de superar, en posibilidades narrativas, a las situaciones más elementales de la existencia en el mundo. Cuando más simple una circunstancia humana, una relación de amor, un sufrimiento, un antagonismo, más pura me parece la creación que nos revela en la palabra su maravilla. En cambio, lo maravilloso de la ciencia-ficción es con frecuencia espurio y exterior. Por eso considero dudosa la ventaja de darse situaciones complejas, con la complejidad externa del progreso o la técnica, para mover a los personajes humanos. Para mover, en este caso, a sus dobles mecánicos, los titeres, protagonistas sintéticos de estos relatos de Hugo Correa.

Este juicio sobre la ciencia-ficción puede ser discutible en su alcance general. Pero, para el caso, es ciertamente mi impresión ante la lectura del único autor chileno (conocido) de este género.

La entidad fantástica que sustentan sus relatos es el invento del sosías, o alter ego, o títere. Ya el primer personaje, sino mirando, oyendo y palpando el mundo circundante a través de su doble mecánico, un organismo sin-

tético, una máquina humana perfecta, joven y sana, que se gobierna por control remoto desde un casco introyector.

En este mundo de sosías que pueblan la ciudad del futuro, bajo un cielo lleno de aerocoches, las situaciones pintorescas, extrañas, absurdas, maravillosas, detectivescas, metafísicas, deberían dar vida y dramatismo a estos cuatro relatos. Voy a decir, sin embargo, por qué muchas veces no ocurre tal cosa.

Me parece que la cantidad de explicaciones abruma esta narración. Las hay de todo tipo: técnicas, para explicar el funcionamiento de los paplófonos o audífonos del otro yo; sociales, para explicar la dinámica de una colectividad de titeres; políticas, morales, filosóficas, etc., para dibujar—como en un ensayo—los mil contornos y dimensiones de este nuevo mundo abierto por los sosías. De modo que la acción directa se detiene a cada paso para ceder la palabra a las digresiones generales sobre los efectos sociales, psíquicos, civiles del invento. Es más: allí donde estos efectos debieran darse en forma narrativa, encarnados y disueltos en el caso singular, los encontramos a contrapelo en forma de amplios paréntesis intercalados en la acción.

La línea argumental de estos cuentos ofrece una mezcla

algo desconcertante de simplicidad y complicación. Esta última consiste en una intriga algo azarosa, abundante de casualidades, donde se producen coincidencias favorables al desarrollo de la trama, pero un tanto inverosímiles. El autor se facilita las cosas, aún a riesgo de complicarlas demasiado, urdiendo una intriga detectivesca algo artificiosa, que en el momento de las resoluciones parece, en cambio, demasiado ingenua y simple. Es decir, la dimensión de novela policíaca que poseen estos relatos no está bien armada. Es sencilla donde se la quisiera más compleja—en el planteamiento del nudo o misterio—, y compleja o artificial donde se la quisiera más sencilla—en la lógica interna de la intriga.

Es verdad que la elección del asunto—los sosías mecánicos—lleva de por sí a cierto artificio narrativo, del que la vida humana al natural está exenta. Pero, así y todo, el mecasimo tecnológico de los titeres parece haber contagiado al mecanismo psicológico de los personajes en cuanto tales. Entonces el propio autor se sitúa en la perspectiva del ego natural que maneja a sus protagonistas de un modo ligeramente mecánico y artificioso, y por tanto contrario al suspenso o a la hondura de los conflictos humanos que sus creaturas, aún titeres, podrían protagonizar.

Se plantea así el problema literario más grave para la ciencia-ficción. Las situaciones de alta complejidad técnica en que se mueven los sujetos humanos, ¿favorecen un despliegue narrativo original, o más bien son un peso muerto que perjudica el abordaje propiamente literario de la existencia? Pues yo no dudo del alto interés científico, social, ético y humano en general que poseen estas fantasías, o, quizás, estas futuras realidades. Pero se trata de un interés no revelado en la palabra narrativa, en la imagen, en la anécdota, en el estilo, sino simplemente usado como un pretexto literario que, a la postre, no es bastante eficaz.

Por eso los mejores aciertos de estos relatos me parece que ocurren al margen de la ficción científica y como a sus espaldas, en el desarrollo simplemente humano de algunos personajes y situaciones. Tal vez Hugo Correa debiera revisar la relación entre ciencia-ficción a secas, para desplegar sus ficción y dotes narrativas al margen de una complejidad tecnológica que por ahora y las favorece.